

Buena salud estética.

Buenas tardes y muchísimas gracias por vuestra compañía y atención.

La asociación cultural Contigo, bien conocida y apreciada por los noreñenses merece hoy una felicitación más, y, si cabe, aún más expresiva, puesto que ha tenido la idea admirable y la decisión necesaria para diseñar una exposición que propicia un espacio y un tiempo dedicados al encuentro entre una ciudadanía y sus artistas. Gracias a las artistas y al artista que comparten con nosotros sus obras. Y gracias a la dedicación entusiasta y minuciosa con la que Pilos la hizo posible.

Se trata de una manifestación cultural proteica y viva que permite la comunicación entre esos dos “entes”, casi siempre en perfecto desencuentro y en cabal desacuerdo, que son “los artistas” y “la gente”.

Parece que artistas y potencial público hablaran lenguas diferentes. Los unos, como es esencial en su naturaleza, en perpetua búsqueda explorando territorios estéticos y la postre artísticos, y los otros, muy a menudo faltos de formación, alejados de los mundos creativos permaneciendo, en general, anclados en gustos estéticos que los artistas ya han dejado atrás.

La vorágine de los eclecticismos actuales presenta obras para todo tipo de sensibilidades, gustos e intereses, pero las instituciones prestan hoy mayor atención al denominado “arte contemporáneo” de tal manera que podríamos pensar que es ese género el único con legitimidad para aspirar a ser tenido por arte. Reconocer como riqueza la pluralidad de géneros y tratar de seleccionar de entre todos ellos las obras punteras parece una necesidad evidente que sin embargo no todo el mundo ve.

La impresión de caos que nos produce mirar de cerca el presente se acentúa si intentamos descubrir señales de arte verdadero entre las diversas maneras de concebir el sentido de lo artístico y el caleidoscopio de las propias prácticas artísticas, tanto de los caminos trillados que manosean una y otra vez fórmulas gastadas con una pobreza estética penosa, como de los nuevos atajos que no van a ningún sitio más allá del señuelo de su pretendida novedad y su tan cacareada como indefinida afición al riesgo,

entregados a hueras audacias de dudoso valor una vez agotado el catálogo de todo aquello susceptible de ser transgredido.

Porque, admirados artistas, respetado público, el asunto del arte se las trae.

Valdría aquí recordar lo que Baudelaire escribió refiriéndose a los poetas: “Compadezco a los poetas a los que guía únicamente el instinto; los considero incompletos.” Si bien nunca debió ser fácil ser artista, y parezca en estos tiempos cosa tirada para cualquier sujeto ocurrente en el concurrir ciertas circunstancias de relaciones sociales y dinero figurar de artista, lo cierto es que pienso que ser hoy de verdad artista es una heroicidad; salir a un campo abierto sin reglas ni mapa tenido por fiable y sin otra luz ni guía que la propia brújula interior eso sí es un riesgo.

No se enfrentan solamente a la tarea de evaluar su calidad artística desde presupuestos estrictamente técnicos y estéticos sino además, y sobre todo, a clarificar su concepción de lo que es arte.

La voz de la inocencia con la que el público pregunta: ¿Es que esto es arte? Deja temblando al más valiente. Trabajar muchas veces con pasión pero con dudoso convencimiento es el esfuerzo cotidiano con el que hacen su obra muchos artistas.

¿Digo hacer donde debiera decir crear? Entre el significado del verbo hacer y el del verbo crear quizá esté el límite en el que se descubre al artista y se reconoce el arte. Pintar un cuadro lo pinta cualquiera, tararear una canción la tararea cualquiera, un mal poema lo escribe cualquiera. De todos estos “haceres” está el mundo plagado. Y ello sin que las élites, compuestas de diversas especies de especialistas, no siempre claramente identificados, se pongan de acuerdo acerca de su valor; ellas, las que deciden en última instancia lo que es arte y lo que no.

Por otra parte artistas, críticos, comisarios, galeristas y directores de museos llevan años alertando de que “el arte” está siguiendo el rumbo de la sociedad en general (como es lógico puesto que aunque más o menos rebeldes todos somos hijos de nuestro tiempo) y que también camina al paso del mensaje publicitario hacia una evidente infantilización, o más concretamente al éxito de lo “adolescente”. Tendencia a la que no es ni mucho menos impermeable la “alta cultura”. El fenómeno estético se vincula a la compulsión consumista, se multiplican las ventas de

merchandising, empresas como Louis Vuitton y otras encargan productos de arte y de diseño, lo cultural se promociona como espectáculo y negocio, pero, atención; se tiene la prudencia de enmascarar esta servidumbre con medidos guiños a “lo intelectual”, que suelen “colar” entre un amplio sector del público. Recientemente, de unas declaraciones de Annie le Brun se extraía este titular: “El arte contemporáneo es un reciclaje de basura”. Esta reputada ensayista habla de una estetización del mundo que actuaría como un cosmético que enmascarara la realidad menos agradable.

Las discusiones sobre el concepto de arte pues siguen tan vigentes como la primera vez que se discutió sobre tan complejo asunto. Se señaló como rasgo distintivo del arte que produce belleza, pero la belleza es una noción ambigua. Se señaló como rasgo distintivo del arte su capacidad de representar o reproducir la realidad, pero no todo el arte se limitaba a esta manifestación mimética. Se le reconoce como creador de formas, idea que ya se retrotrae a Aristóteles y que en el siglo XX Witkiewicz retoma, pero no se trata de una forma cualquiera. Entendemos también el arte como un vehículo de expresión pero la expresión no es el objetivo de todas las escuelas.

Quizá el rasgo distintivo del arte hoy más querido sea su capacidad de alimentar nuestra experiencia estética (que se enlazaría a la definición del arte como generador de belleza y que a su vez también mantiene su ambigüedad).

Entre las más recientes interpretaciones, y especialmente característica de nuestra época, está la que dice que el arte produce un choque, se valora su efecto sobre el receptor (y sospecho que muchos piensan que en efecto una gran parte del arte contemporáneo resulta muy chocante), pero tampoco ese efecto impresionante es aplicable a todos los tipos de arte.

De momento, y sospecho que por los siglos de los siglos, tenemos que renunciar a una definición del arte puesto que como escribía Tatarkiewicz: “El arte es de hecho una confluencia de un número de conceptos, y cualquier definición que sea verdadera debe dar cuenta de todos ellos.”

Y dice también Tatarkiewicz: “Algunos de nosotros aplicamos criterios que pueden ser estéticos pero que también pueden ser éticos o que pueden derivarse de cualquier otro principio mental importante.” Según esta

opinión, sólo aquello que pueda suministrar “alimento espiritual” merece considerarse arte.”

A su vez, André Malraux sostenía que el gran arte es “el mundo de verdad sustraído al tiempo”, y por lo tanto intemporal.

Pese a que hemos renunciado a una definición, sí podemos señalar que hoy percibimos como arte los procedimientos y las obras emanados de una determinada personalidad, de su técnica y de su talento, haciendo especial énfasis en esa personalidad insustituible del artista que comparte a través de su obra. Y también su búsqueda de una cierta verdad, por más subjetiva que ésta sea, propósito que de nuevo nos acerca al ámbito de lo espiritual.

Escribía Luc Ferry que en el arte se trata de expresar “lo irremplazable de nuestras vidas”. Y ciertamente no es banal semejante “utilidad”.

¿Renunciaríamos a todo lo que el “Libro de Job”, Cervantes, Ticiano, Velázquez, Beethoven, nos han descubierto acerca de nosotros mismos?

Probablemente hace falta propiciar muchos desencuentros para ir acercándonos a un encuentro, y los artistas han de exponerse a la mirada muchas veces perpleja y no pocas suspicaz del público y a su vez éste tomarse la molestia de acercarse, de mirar, de dejarse llevar, sin tanto miedo a ser embaucado, por los paisajes más sugestivos y menos gastados de la creatividad.

Seguramente estemos todos de acuerdo en que no es fácil ser “aficionado al arte” y mucho menos “artista”, es decir; aventurarse por mundos mucho más complejos y ricos que los medios limitadamente racionales con los que contamos para analizarlos.

Queridos noreñenses, estos artistas que hoy comparten con nosotros quizá algo de lo que más valoran de sí mismos, son vecinos, amigos nuestros, tienen pocas razones para querer engañarnos, y tienen muchos méritos, no es el menor el de haberse respetado a sí mismos y haber seguido fieles a un espíritu artístico extremadamente exigente y muy a menudo mal comprendido por su entorno social. Prestémosles atención, porque es posible que puedan decirnos algo que de verdad nos interese.

Yo os los presentaré ahora, no con argumentos ni razonamientos estrictamente críticos sino tomándome la libertad de compartir aquello que despertaron en mí sus obras a primera vista; el placer estético y sensorial

sin el espía crítico en activo (hasta donde me es posible), placer estético que como emoción tiene una clave en última instancia íntima.

En compañía y memoria, de Casimiro Baragaño, pintor bien conocido en nuestro entorno, descubriremos en Siete miradas para un viaje a:

Consuelo Vallina, artista de largo recorrido, que ha expuesto su obra además de en España en Polonia, Italia y Estados Unidos, abarca múltiples campos plásticos, es pintora, grabadora, ceramista, autora de libros de artista. Trabajadora apasionada y constante, es en este momento presidenta de la Asociación de las Artes Visuales de Asturias y presidenta de la Unión de Artistas Contemporáneos de España.

Nos ofrece en esta ocasión unos lienzos de una extrema delicadeza, en mi primer encuentro con ellos tuve la impresión de que Consuelo Vallina había pintado gotas de agua. En todo caso ha pintado con agua tocada y controlada por el roce del pigmento, con levedad y palidez circulares bellezas deslizantes en cuyo interior ocurre algo, algo que se rompe como una pompa de jabón. Y dejándome llevar por sensaciones sinestésicas, y aún a riesgo de dejar atónita a la artista (también los degustadores del arte nos podemos permitir ciertas licencias y transgresiones), estos lienzos me hicieron recordar el aroma fresco de las colonias y el de las primeras lluvias de la primavera sobre los pétalos mojados.

Marga Sáncho, artista de instinto libérrimo, tiene también una larga y rica trayectoria en la que no ha dudado en cambiar de registro en muchas ocasiones, desobedeciendo ciertas recetas pautadas, para ir abriéndose paso como una corredora de fondo hasta dar con la forma y el color, pero sobre todo con la materia, con casi cualquier elemento material que le permitiese dotar de forma a sus encrucijadas vitales y textura a sus interrogantes, descubriendo el espacio de la obra como espacio de interpretación tanto de la realidad, del mundo que la rodea y al que está siempre atenta, como de su derivaciones emocionales llevadas al territorio de lo visual.

Desde lienzos de lenguaje expresionista y dolorido, en los que abundan los retratos de mujeres, hasta los paisajes en los que percibimos atmósferas poéticas, Marga Sáncho da señales de alerta, debajo de lo visible oímos bullir indefinidas inquietudes, soterradas violencias. Su fuerza expresiva radica no sólo en su potencial plástico sino también en su razón de ser; sus lienzos son una forma de pensar.

Elena Rato, tiene ya en su haber numerosos premios y una carrera en marcha. Informalismo, gestualismo, expresionismo abstracto combinados en la búsqueda de una propuesta propia.

La fuerza de la juventud parece exteriorizarse en sus obras agregándoles a colores ya de por sí muy visibles, como rosas y amarillos, una contundente carga de intensidad, con ellos genera entramados que chocan plástica y dialécticamente con lo que hay en el fondo del cuadro, esas manchas que quizá nacieron informarles y que la pintora va intentado domeñar, sujetando sus contornos, poniéndolas en su sitio, manchas oscuras o negras más o menos densas y mutantes, y zas, encima, esos trazos de gesto rotundo de colores rosas y amarillos implacables quizá con vocación de jaula; cuidemos que la mancha indeterminada y viva no tome el mundo. ¡Pero es posible que la maraña engulla también a la jaula! Lucha entre tensiones. Una plástica potente. Una maraña enjaulada. Un ovillo para tirar del hilo; mucho hilo por delante...

Carlos Tárdez, Licenciado en Bellas Artes por la Universidad Complutense de Madrid. Artista con un background ya reconocido cuenta con premios importantes y exposiciones en el ámbito nacional e internacional.

Es la suya una figuración con una espléndida técnica realista al servicio de una idea. En el ambiente objetual cotidiano, o cultural, o en el mismo proceso de trabajo, el artista pone en contacto elementos inesperados, la chispa se enciende, la elaboración mental comienza; ahí está la idea. Y viene después su desarrollo, la búsqueda del medio artístico a emplear (dibujo, fotografía, escultura, pintura...). Idea, pero no idea pretenciosa, idea expresada con clara honestidad en la que de manera aparentemente natural se expresa la carga conceptual y simbólica. No parece necesitar Carlos Tárdez echar mano de espesos entramados intelectuales para ser capaz de paso a paso dotarse de un mundo de significados y significantes personales, el efecto de intersección de un elemento novedoso con lo ya conocido, de sus conexiones inusuales, desarticula el lugar común, o incluso activa una lectura irónica de la mitología como cuando dota al gran Pegaso, el caballo de Zeus, de unas alitas de pollo.

Su plasmación plástica es veraz y definitoria, lo podemos constatar en ese cerdo que se asoma al plano de oro oscurecido del cuadro desde el ángulo

superior izquierdo (que, por cierto, inevitablemente nos recuerda al perro de Goya que se asoma desde abajo a un vacío ya casi abstracto)

Una figuración la suya que contiene el valor espacial del arte abstracto como elemento perfecto para el desenvolvimiento psicológico de sus representaciones, unido a la asimilación del concepto oriental del vacío como presencia que está y actúa. Y cito al artista:” me interesa especialmente el concepto oriental de la pintura en el cual un porcentaje muy alto es reflexión y concentración y la mano trabaja con movimientos precisos y estudiados primando la sensación.”

Beatriz Vázquez, artista Sevillana que llega a Noreña después de un periplo vital que la llevó a vivir en diferentes lugares y en el que su relación con la creación artística, si bien fue siempre una pasión presente, pasó por fases de diferente intensidad en cuanto a su dedicación, otros motivos vitales, hijos, trabajos (pertenece también al mundo del diseño) han ocupado algunos de sus años. Ahora seguramente ha llegado el momento de dar vida a su obra.

Los cuadros que nos ofrece de rico, exultante y jugoso colorido alegran la mirada. Sus vegetaciones de familia impresionista con trazos amplios un tanto fauves nos suenan, pero algo en ellos hay de añadido, una cierta sensación de movimiento lento, como paisajes en tránsito o flores a punto de abrirse o de romperse, de construcción y de deconstrucción, más que captar la luz de un instante en sus fragmentarios paisajes inmediatos y cercanos es la luz la que parece captar un leve movimiento. Hay un leve movimiento musical en sus lienzos y nos paramos a ver para escuchar.

Carmen Ontañón, estudió Bellas Artes en Cuenca, ha realizado dos exposiciones individuales y es profesora de dibujo.

Nació pintando y en ello sigue porque le apasiona la pintura y porque dice que está esperando la singularidad. Confiesa que sale al mundo con dos cosas; con su ropa y con sus trastos de pintar, ése es su equipaje. No os parecerá mucho pero anda en buenas compañías: Goya, el Bosco, el Greco. Y su viaje es de razón estética, su búsqueda es la de la belleza.

Esta noche podremos ver sus idealizaciones arquitectónicas, geometrías generadoras de espacios de puro invento, aunque parta algunas veces de fotografías, con un gama de colores fríos y nocturnos y la libre geometría

dibujando espacios y rompiendo incluso los rectangulares o cuadrados marcos habituales. Desde sus interiores, como escalas en la noche, se aprecian horizontes y el hallazgo del contraste, del estallido blanco que podemos ver en uno de sus lienzos, como deflagración de un instante de belleza. La emoción del placer estético es la sustancia activa con la que trabaja, y esa sustancia es adictiva por lo que nos cabe esperar, y además desearle, que disfrute del camino por mucho que su Ítaca, la singularidad a la que ella aspira pudiera parecerle lejana.

Vosotros veréis dentro de unos minutos si os parece que mis palabras tienen además de ciertos delirios algún fundamento.

Me encantaría que este esfuerzo encomiable llevado a cabo por la asociación CONTIGO sirviese de auténtica comunicación entre esos dos “entes”, que como señalaba al principio, están casi siempre en perfecto desencuentro y en cabal desacuerdo, que son “los artistas” y “la gente”, y nos hiciese recordar a todos que todos llevamos dentro un artista más o menos secreto, que todos crecimos pintando en las paredes más escondidas de nuestra casa hasta que alguien nos riñó mucho y decidimos obedecer y no pintamos más. Y acaso ahora vivimos pensando que no pintamos nada, tan despojados de algo que sin embargo no es sólo patrimonio de osados artistas sino esencia humana; elemental necesidad de placer y de expresión.

Muchas gracias por vuestra atención.

Buenas tardes, y, como bien se despediría nuestro amigo y psiquiatra preferido Fraiser Crane; les deseo una buena salud estética.

Ángeles Carbajal

Argüelles, noviembre de 2018.